

**El sentido del sufrimiento:
Un hombre bueno es difícil de encontrar¹ de Flannery O'Connor
vs. Invierno en los Abruzos² de Natalia Ginzburg**

Susana Miró López
Profesora Antropología
Universidad Francisco de Vitoria, Madrid
s.miro@ufv.es

Tanto Flannery O'Connor como Natalia Ginzburg se deben a su vocación, el arte de escribir. Desplegando una amplia mirada sobre el mundo que las rodea saben dar credibilidad a los personajes de sus obras. Así, en las narraciones de Ginzburg nos encontramos con unos caracteres que: «...distorsionan la visión de las cosas por dos lentes: el miedo y el egoísmo. Están solos, dudan, son débiles (...) aparecen hechos de innumerables retazos que nos conforman»³, precisamente por su debilidad nos parecen cercanos, y por ello, creíbles. En Flannery, sus grotescas creaciones nos enfrentan igualmente con la debilidad humana, la naturaleza caída. Frente a un planteamiento homogéneo de limitación del ser humano, la forma de orientar el desarrollo de sus historias diverge en una y otra autora. Probablemente la distinta condición religiosa de las mismas, judía en el caso de Natalia (más por razones políticas que religiosas)⁴, católica en el de Flannery, provoca la diferente evolución de sus obras. Sobre la literatura de Ginzburg, podemos leer⁵:

«Es como si la autora, alcanzara una puerta que se abriera al sentido de la vida y nos lo mostrara, y que esa visión vertiginosa nos permitiera ver, casi como por milagro, la razón del sufrimiento pero también la razón de la felicidad. Sería mejor decir, quizá, que es como si esa visión vertiginosa nos dejara creer, por un momento, que el sufrimiento y la felicidad tienen, en efecto, una razón de ser, que la vida, al fin y al cabo, tenga sentido».

Natalia parece mostrarnos una posibilidad de racionalidad ante al absurdo de la existencia, la intuición de un camino donde el sufrimiento y la felicidad se pueden hermanar, un resquicio de esperanza, una confianza en la propia dignidad del hombre y sus capacidades para redimirse así mismo. En cambio, la apuesta de Flannery por una salvación que viene de más allá de lo humano se nos presenta concluyente⁶:

«-Mi resolución es inquebrantable- repitió Sheppard-. Voy a salvarte.

¹ Flannery O'CONNOR, *El negro artificial y otros escritos*. Introducción de Guadalupe Arbona. Traducción de María José Sánchez Calero. Ediciones Encuentro, Madrid, 2000.

² Natalia GINZBURG, *Las pequeñas virtudes*. Traducción de Celia Filipetto. 3ª Ed., Acantilado, Barcelona, 2006 (1ª Ed., 2002). Título original: *Le piccole virtù* (1962). Ginzburg (1916-1991), una de las voces más importantes de la literatura italiana del siglo XX. *Invierno en los Abruzos* (1944), forma parte de la compilación de ensayos publicada bajo el título *Le piccole virtù*.

³ Natalia GINZBURG, *Familias*. Prólogo y traducción de Flavia Company. Lumen, Barcelona, 2008. Título original: *Famiglia* (1977).

⁴ Su madre es cristiana, su padre librepensador comunista y su primer marido intelectual de origen ruso (de familia judía). Tras vivir el holocausto y ser asesinado su marido por las fuerzas fascistas, se hermana con el pueblo judío.

⁵ Prólogo de Flavio Company a la edición española de *Familias*.

⁶ Flannery O'Connor, *Los lisiados serán los primeros*, tomado de *El negro artificial y otros escritos*. Introducción de Guadalupe Arbona. Traducción de María José Sánchez Calero. Ediciones Encuentro, Madrid, 2000, pp.161-209. Para la cita, pp. 199.

Johnson echó la cabeza hacia delante y contestó: -Sálvate a ti mismo. Nadie puede salvarme, excepto Jesucristo-».

Flannery va más allá de mostrarnos un posible resquicio ante el sufrimiento y la muerte; cualquier limitación humana es restituida por el Padre. Jesús es la salvación, una senda en la que efectivamente sufrimiento y felicidad se dan la mano. Pero este encuentro no pasa de ser algo puramente anecdótico, como casi todo lo que acontece en nuestro día a día: sólo adquiere su auténtico sentido al verlo con una mirada abierta a la trascendencia, con una aceptación libre de la gracia, que como un rayo penetra en determinados momentos a lo largo de nuestra existencia para, si queremos, ser guiados hasta el Padre. La frustración presente en las historias de Ginzburg, tiene su contrapunto en las de Flannery: el sufrimiento y la soledad de la muerte alcanzan su sentido y superación si nos asimos a la mano de Cristo, si como dice Ratzinger, *Miramos al Traspasado*⁷.

Confiar en el ser humano vs. Aceptar el mensaje de Cristo

Las obras de Ginzburg dejan entrever un constante tono de desasosiego, una nostalgia del pasado, un azote continuo del sufrimiento, unas veces ligero, pero otras, insoportable. Ante esta realidad, la única esperanza es el propio hombre, y tras las dos guerras mundiales es difícil saber dónde se queda esa esperanza. En la última página de la narración de Ginzburg que nos ocupa podemos leer:

« Existe una cierta uniformidad monótona en los destinos de los hombres. Nuestras existencias se desarrollan según leyes antiguas e inmutables, según una cadencia propia, uniforme y antigua. Los sueños no se hacen nunca realidad, y en cuanto los vemos rotos, comprendemos de repente que las mayores alegrías de nuestra vida están fuera de la realidad».

Descubrimos una Natalia que, confinada durante tres años en los Abruzos con su marido e hijos, creía que ningún ser humano era digno de vivir así. Sin embargo, tras la muerte de su esposo encarcelado en Roma, comprende que jamás volvería a ser tan feliz como en aquellos años de internamiento en los Abruzos. Un sufrimiento desesperanzador, que lleva al ser humano a lamentarse contra un muro, un muro que alberga un templo vacío:

« Entonces yo tenía fe en un porvenir fácil y alegre, lleno de deseos satisfechos, de experiencias y de empresas comunes. Pero aquella fue la mejor época de mi vida, y sólo ahora que ha pasado para siempre, sólo ahora, lo sé».

Ginzburg representa la voz de aquellas personas que han sufrido la angustia del exilio, la desconfianza del prójimo, pero que a la par no les queda otra alternativa que confiar en este hombre, limitado, caído pero a fin de cuentas capaz de relacionarse con sus semejantes:

«A veces la nostalgia se tornaba aguda y amarga, se convertía en odio (...). Pero era un odio que manteníamos oculto, pues lo considerábamos injusto, y nuestra casa estaba siempre llena de gente, unos venían a pedir favores, otros a ofrecérselos».

⁷ BENEDICTO XVI, *Miremos al Traspasado*. Traducción de Juan M. Sara, Fundación San Juan, Rafaela Provincia de Santa Fe, Argentina, 2007. Título original: *Schauen auf den Durchbohrten* (1984).

Y es en esta convivencia entre los seres humanos dónde la nostalgia puede convertirse en esperanza. Pero, a fin de cuentas, es una esperanza baldía, pues ese mismo hombre con sus miedos y egoísmos no sabe explicar el sentido de la vida, una vida que culmina en la soledad de la muerte. Y como con ironía canta Crocetta (sirvienta de los Ginzburg):

« Y mi madrastra maldita
me metió en la marmita
y de un solo bocado
mi papá me ha tragado»

El ser humano continúa destruyéndose el uno al otro, cuando Ginzburg muestra un atisbo de esperanza, rápidamente deja entrever la sombra del sufrimiento, y en ese momento, esa posibilidad abierta a la felicidad se nos cierra de golpe.

Si comparamos esta obra con *Un hombre bueno es difícil de encontrar* inicialmente descubrimos un tipo de personas cotidianas, iguales que las de Ginzburg, que más allá de grotescas me atrevería a decir reales: personas de carne y hueso, familias más o menos bien avenidas, presos más o menos rehabilitados, inocentes apresados por la vida,... hombres con sus “perfecciones imperfectas”, y con sus “imperfecciones perfectas”, seres caídos enfrentados en la experiencia de la vida. Vemos así el contraste entre dos familias: una, exiliada en los Abruzos, la otra, planificando unas vacaciones; una, huyendo de los carceleros, la otra, encontrándose con el Inadaptado, preso peligroso escapado de prisión. Ambas viven en un presente conectado con una historia y les aguarda un desenlace incierto: según Ginzburg, un desenlace en que «los sueños no se hacen nunca realidad»; según Flannery, un final en el que siempre cabe abrirse a la gracia que se te ofrece, aunque no te creas merecedora de ella, una gracia que es posible porque: «la encarnación de Cristo cambia la historia»⁸.

Es precisamente en el relato escogido donde con una intuición esclarecedora, el Inadaptado, un hombre considerado como despojo de la sociedad, en un diálogo con la abuela protagonista del relato explica, dónde se encuentra la esperanza humana:

«Sí, señora –dijo el Inadaptado como si estuviera de acuerdo-. Jesús rompió el equilibrio de todas las cosas. Pasó lo mismo con Él que conmigo, excepto que Él no cometió ningún delito y ellos pudieron probar que yo cometí uno, porque tenían las pruebas contra mí (...). Me hago llamar el Inadaptado –dijo- porque no puedo hacer que encaje todo lo que he hecho mal con lo que he sufrido en el castigo (...). Jesús fue el único que resucitó a los muertos alguna vez –continuó el Inadaptado- y no debió hacerlo. Rompió el equilibrio de todas las cosas. Si Él hizo lo que dijo, entonces no le queda a usted más remedio que dejarlo todo y seguirlo. Y si Él no lo hizo, entonces no tiene otra posibilidad que disfrutar de los minutos que le quedan, de la mejor forma que pueda, matando a alguien, o quemándole la casa, o haciéndole alguna otra maldad. No hay placer excepto en la maldad».

Flannery pone en boca del Inadaptado el misterio de la Encarnación, la explicación al sentido de la vida: Dios hecho Hombre se introduce en un momento de la historia para mostrarnos la grandeza de la redención, el Mesías trae el mensaje de la

⁸ Flannery O'CONNOR, *El hábito de ser*. Traducción de Francisco Javier Molina de la Torre. Ediciones Sígueme, Salamanca, 2004. Título original: *The Habit of Being* (Farrar, Straus and Giroux, Nueva York, 1979).

salvación, no importa lo limitado de cada hombre, no importa el pecado cometido cuando, ante el ofrecimiento de la acción salvadora, el hombre haciendo uso de su libertad dice sí, un sí definitivo a la eternidad. Cristo vino a romper ese falso equilibrio entre el bien y el mal, a superar la Antigua Ley, a sembrar un nuevo mandamiento fundado en el amor, un amor que comienza por nosotros mismos al sabernos amados infinitamente por el Creador y que traspasa nuestro ser al unirse en comunión con nuestros hermanos.

Sufrimiento injustificado de los inocentes vs. sufrimiento del Inocente para redimirnos

En ambos textos nos encontramos con una alusión al pecado. Por su parte, Ginzburg pone en labios de la gente del pueblo la duda entre la relación del castigo y el posible pecado de los inocentes:

«Caminábamos durante largo rato por la campiña blanca y desierta, y las personas con las que me cruzaba miraban a los niños con pena. “¿Qué pecado han cometido?”-decían-».

Con esta frase, recordamos todo el pesar del existencialismo inmanente presente en las obras de *Los hermanos Karamazov* de Dostoievski, de *La Peste* de Camus y de tantos aquellos que no se explican la razón del sufrimiento de los inocentes. Ese planteamiento lleva a sostener como conclusión la imposibilidad de la existencia de un Dios que siendo todopoderoso y omnipotente permita el dolor de un niño. Podríamos considerar el sufrimiento del inocente la gran piedra angular del ateísmo. Y con el interrogante abierto, la autora deja probablemente su propia duda planteada: en momentos de debilidad, todo hombre, también el hombre de fe, pasa por una noche oscura en la que se agolpan en su cabeza las incertidumbres⁹: «Si Dios existe, ¿por qué permite...?».

Para Natalia, la esperanza está en el propio hombre. La cuestión que surge es qué puede hacer el *homo sentimental* cuando el hombre del siglo XX ha matado a la fuente del amor. Un sentimiento basado en la lástima y no en la compasión es baldío, el hombre no se siente acompañado en el sufrir, permanece en el exilio, aunque no esté en los Abruzos.

Nuevamente es el Inadaptado de Flannery el que con su queja nos vuelve a acercar al misterio del sufrimiento:

«Pasó lo mismo con Él que conmigo, excepto que Él no cometió ningún delito y ellos pudieron probar que yo cometí uno, porque tenían pruebas contra mí».

Nos introduce de lleno en la cuestión de la culpa, Jesús también es inocente, no sólo un inocente más, es el Inocente, y libremente decide aceptar la voluntad del Padre muriendo en la cruz, y en ese momento es cuando desafía el equilibrio de la naturaleza y vence al pecado. Su resurrección es el triunfo de la Vida, una vida a la que todos estamos llamados siempre que nos atrevamos a reconocernos a nosotros mismos grotescos, a vivir nuestra cruz y gritar desde nuestra finitud el perdón al Padre. No cabe buscar el porqué del sufrimiento desde parámetros humanos, pues estaríamos

⁹ Albert CAMUS, *La Peste*. Traducción Rosa Chacel. 27ª Ed., Edhasa, Barcelona, 2005 (1ª Ed., 1977).

preguntándonos una y otra vez qué pecado hemos cometido, ni tampoco sirve intentar medir si el castigo es justo o no. Si por el contrario, nos reconocemos pecadores nos vemos necesitados de Dios, de recurrir a Él como fuente de salvación, y de unirnos junto con Cristo a los hombres, compartiendo inicialmente la culpa del pecado original, ratificado por nuestras limitaciones. Así, somos también todos llamados a participar de la acción redentora del sufrimiento y a alcanzar la comunión de los santos¹⁰.

Unidos en la culpa del pecado original, estamos llamados a la salvación. En el relato de Flannery, la abuela comprende esta unión y en los breves instantes antes de morir reconoce al Inadaptado como hijo espiritual suyo:

« Pareció que su voz se iba a quebrar y la cabeza de la abuela se aclaró por un instante. Vio la cara torcida del hombre junto a la suya y ella murmuró:
-Eres uno de mis niños. ¡Eres uno de mis hijos!
Alargó la mano y le tocó el hombro».

Antes de morir, la abuela comprende en ese momento de gracia el mensaje de Jesús. Se sabe hermana de todo prójimo y en ese gesto de tocarle el hombro refleja Flannery la aceptación de la voluntad divina. La anciana le ha reconocido como hijo y con su gesto pretende transmitirle también a él luz para el misterio. La propia Flannery comenta¹¹:

«Encontrarás a Cristo cuando te olvides de tus propios sufrimientos para preocuparte de los otros. El abandono de la gracia santificante, el sufrir es un hacer no un sentir».

La anciana se abandona al comprender el hermanamiento con el Inadaptado, con toda la humanidad, y el sentido de responsabilidad compartida en el pecado la lleva a tocar al otro para expresarle esa cercanía, ese acompañamiento, que no lástima, en la búsqueda del sentido.

La fuerza del destino vs. la libertad del hombre

Encontramos aquí otra divergencia en los relatos de una y otra de nuestras autoras, en Ginzburg el destino se presenta como inquebrantable que transforma las existencias particulares en monótonas, uniformes:

«Existe una cierta uniformidad monótona en los destinos de los hombres. Nuestras existencias se desarrollan según leyes antiguas e inmutables, según una cadencia propia, uniforme y antigua».

Los personajes de las obras de Ginzburg pasan por unas existencias similares, con alegrías y tristezas, con esperanzas frustradas y otras veces alcanzadas, pero se respira en ellos un tono de neutralidad. Es cierto que se relacionan, a veces con fuerte complicidad¹², pero la linealidad de los comportamientos es la constante de los relatos.

¹⁰ Juan Luis RUIZ DE LA PEÑA, *La Pascua de la Creación. Escatología*, 2ª Ed., BAC, Madrid, 2002 (1ª Ed., 1996).

¹¹ Flannery O'CONNOR, *El hábito de ser*. Traducción de Francisco Javier Molina. Sígueme, Salamanca, 2004. Título original: *The Habit of Being* (Farrar, Straus and Giroux, Nueva York, 1979). Para la cita, pp. 347.

¹² Natalia GINZBURG, *Léxico familiar*. Traducción de Mercedes Corral. Prólogo de Flavia Company. 2ª Ed., Lumen, Barcelona, 2007 (1ª Ed., 2007). Título original: *Lesico familiare* (1963). Destacar la importancia de la palabra, de la clave lingüística entre los miembros de la familia.

los seres pasan por la vida y después sólo queda el recuerdo de aquellos que los conocieron con un suspiro anhelante por la pérdida, y ya está, los muertos se alejan de nuestra mente, pensar en ellos asusta porque nos enfrentan con el destino de todo ser humano.

En Flannery, en cambio, esas leyes antiguas e inmutables, se transforman: la historia no es algo cíclico, nos encontramos en un proceso en el que el hombre es creado a imagen y semejanza del Padre, continúa haciéndose hasta alcanzar la resurrección con Cristo, que le llama a la redención. Esta grandeza, se rige como comenta Flannery por unas nuevas leyes: nacimiento virginal, encarnación y resurrección. Estas leyes nuevas dejan en suspenso aquellas leyes inmutables que nos decía Ginzburg: muerte, deterioro, destrucción. Tal suspensión es posible para todo hombre que acepte la llamada del Padre en su vida. Pero el amor del Creador es tan grande que la libertad del individuo queda íntegra y si el ser humano vuelve la espalda a la vocación del amor nada puede imponernos Él:

«El Inadaptado dio un salto hacia atrás, como si le hubiera mordido una serpiente, y le disparó tres veces en el pecho. Luego puso la pistola en el suelo, se quitó las gafas y empezó a limpiarlas».

El Inadaptado deja pasar el momento de gracia, asesinando a sangre fría a la anciana, voluntariamente opta por negar la fuente del amor, su sufrimiento a partir de ahora no es seguir intentando descubrir si su encarcelamiento era justo o no, su dolor ha trascendido los confines del aquí y ahora, ha vuelto la espalda a la salvación.

Por el contrario, en el párrafo siguiente podemos leer:

«...la abuela, que estaba medio sentada y medio tumbada en un charco de sangre, con las piernas cruzadas debajo como un niño y con la cara sonriéndole al cielo sin nubes».

La anciana aprovechó el momento de gracia para burlar esas leyes, ese destino, una gracia que corta, como Flannery dice, pero una gracia sanadora. Una gracia que, aún en este caso, en el que muere la persona, transforma el destino tragicómico del asesinato, pues comienza la auténtica vida en el Padre.

Vemos el distinto ritmo de la narración, el actuar tan dispar de los personajes ante un mismo acto, todo menos monotonía o neutralidad en la vida de sus protagonistas. En el relato, se enfrentan a la muerte sin miedos, porque Jesús en un momento dado se introduce en la historia para vencer esta muerte. Es esto lo que recoge la obra de Flannery, y lo que en mayor medida la diferencia de Natalia Ginzburg.

Los relatos de Flannery O'Connor nos conectan con el misterio

Ginzburg y Flannery son sin duda geniales literatas del siglo XX, observadoras del mundo en el que viven con una agudeza exquisita que se interrogan y nos dejan interrogar por el sentido de la existencia. Pero desde mi modesta opinión, Flannery desborda en sus desenlaces, aumentando la tensión y ritmo, pues la fe eleva la

cotidianidad de sus relatos a la naturaleza del misterio. Al leer a Flannery, se siente la contingencia del ser humano restaurada por Cristo en la medida que somos capaces de entregarnos al amor de Dios. El sufrimiento del hombre por el pecado original tiene un sentido redentor compartido y vencido en la muerte en la cruz de Cristo y todo el misterio de la encarnación y resurrección ilumina sus cuentos.

Parte de aquello que es natural en el ser humano y universaliza sus relatos al mostrar como Jesús se cuela en el mundo y a partir de entonces, se rompen las leyes del equilibrio, y el misterio se nos hace más palpable, y nos ayuda a descubrir la grandeza del Dios Creador y Salvador en el detalle más sencillo de nuestra existencia. Como resumen del pensamiento de Flannery hagamos nuestro el título recopilatorio de sus ensayos: *Mystery and Manners*¹³.

¹³ Flannery O'CONNOR, *Mystery and Manners. Occasional Prose. Selected and edited by Sally and Robert Fitzgerald*. Farrar, Straus and Giroux, New York, first paperback ed., 1970, (1ª Ed., 1969).